

# EUSKARIA ARTÍSTICA.



## PANCHO BRINGAS.

No es Bilbao, á la verdad, por muy adelantadas que estén algunas de sus costumbres, pueblo aficionado á conservar en mármoles ó en libros la memoria de sus hijos predilectos, consiguiendo con esta falta deplorable, no solamente que ignoren los extraños las excelencias que á aquellos adornaron, sino que ni los propios tengan más noticias de lo que fueron que las muy vagas que les dejaron sus simples nombres.

Y sin embargo, así esta culta villa como Bizcaya entera, lo mismo en los pasados como en el presente siglo, han dado á España hombres de muy relevante mérito, de algunos de los que, si bien se sabe su historia, no habrá sido ciertamente porque la escribieran biógrafos del país, salvo alguna rara excepcion, sino escritores de fuera, cuando no extranjeros, que levantáran sus nombres y les colocáran en el puesto que les correspondia.

Entre estos, uno de los que ha quedado oscurecido para la posteridad y del que ya no tiene noticia más que la parte vieja de la generacion presente, es el que llevó en vida el nombre que aparece á la cabeza de este artículo.

FRANCISCO BRINGAS Y BRINGAS nació accidentalmente en la ciudad de Méjico el 2 de Junio de 1827, y fué bautizado el siguiente dia en su Sagrario Metropolitano, con toda la pompa que usaban para este acto las familias acaudaladas españolas.

Fueron sus padres D. Francisco de Bringas y Martinez, natural de la Riva, en el valle de Ruesga, obispado de Santander, y D.<sup>a</sup> María del Cármen Bringas y Miranda, que, aunque nacida en Méjico, procedia de una noble familia de las Encartaciones del Señorío de Bizcaya.

Su residencia en Méjico al nacer el niño, á quien más tarde llamaron Pancho, fué temporal, causada por la muerte de uno de los pa-

rientes de D.<sup>a</sup> Maria del Cármen, de quien heredó una buena fortuna, y por las dificultades que para su traslacion á España ofrecian tanto el revuelto estado del país desde el fusilamiento de su primer emperador Itúrbide, como los proyectos de separacion é independencia de la madre pátria que germinaban en el cerebro de muchos de sus naturales; de manera que si estos sucesos no hubiesen sobrevenido, es casi seguro que el nacimiento ocurriera en Bilbao, porque pocos meses despues fueron arrojados del territorio mejicano, y embarcados con rumbo á puertos de Inglaterra los españoles adictos á su pátria, entre los que se contaba la familia de Bringas, que así que desembarcó en Plymouth continuó su viaje hasta la capital mercantil bizcaina.

Instalado en ella cómodamente al alborear el año de 1828, dedicóse su jefe al comercio, en el que llegó á alcanzar fama y crédito tan respetables, que fué nombrado miembro de su Junta y Tribunal y cónsul de su Casa de Contratacion; así como Alcalde primero en el año de 1837, precisamente cuando la guerra civil de los siete años ardia con furia más encarnizada.

Entretanto, el niño crecia, demostrando ya tan claras disposiciones para el dibujo, que no se las podia torcer, ni su padre que le destinaba al estudio de una carrera científica, ni los profesores que le educaban en diferentes ramos del saber para adquirir sólida y perfecta instruccion. Forzoso les fué á todos, por lo tanto, dejar que la naturaleza siguiese la senda que se habia abierto en la rebelde organizacion del niño, y que se ocupase su padre de dotarle de profesor que le dirigiese por acertado rumbo. Cupo esta suerte á D. Pablo Bausac, que se estableció en Bilbao á luego de celebrarse el convenio de Vergara; y fueron tantos y tan grandes los progresos que con él hizo el niño en algunos meses, que su padre se vió obligado á darle profesor de más alto vuelo, enviándolo con muy buen consejo á la Academia de dibujo de Madrid, dirigida á la sazón por el ya célebre pintor D. Federico de Madrazo. Poco tiempo bastó á este para reconocer en Pancho las más excelentes aptitudes para el arte, así como se las reconocieron algo más tarde sus condiscípulos, quienes, en medio de la natural familiaridad con que le trataban, le distinguían y respetaban por las eminentes cualidades de que estaba dotado, demostradas en la rápida y brillante ejecucion de cuanto dibujaba, en su inventiva discreta á la par que atrevida y en la superior manera de ver el colorido. Y así era en efecto, porque Pancho dibujaba con la misma correccion y

facilidad el desnudo que el vestido: tanto le daba concebir y desarrollar un asunto sério como otro alegre y epigramático: y del mismo modo contorneaba y manchaba una clásica estatua griega del Museo, como la más ridícula caricatura de un conocido hombre público. No conocia dificultades: abarcaba todos los géneros, si bien se inspiraba más en las escenas del pueblo, que caracterizaba con pasmosa exactitud, y en los cuadros de costumbres, en que sobresalía de una manera notabilísima. Los toreros y vaqueros; los gitanos y los manolos; los tipos populares; las escenas de bodegones, rastros y plazuelas; los cuadros de costumbres bascongadas, y sobre todo sus aldeanos; y entre los animales el toro y el caballo, que habia estudiado con gran prolijidad y esmero, y con los que formaba notables composiciones, eran sus asuntos predilectos. Si alguno de sus cuadros no está pintado con aquella frescura y pastosidad que reclama el arte, fué porque á veces no se detenía en concluirlos, y porque su imaginacion, demasiado ardiente, le hacia ver bastante color donde algunas veces le faltaba. Este defecto le adquirió, sin duda, por haber abandonado demasiado pronto la Academia y el Estudio de su gran maestro. No tuvo de ello la culpa. Venida á ménos la fortuna de su padre por algunos malos negocios que emprendió durante la guerra civil, y más particularmente por otros que habia dejado pendientes en Méjico; aumentados además sus gastos por la educacion que ya reclamaban sus otros cinco hijos, forzoso le fué á Pancho retirarse de Madrid y reunirse á la familia para no serla más gravoso.

Pero á pesar de esta resolucion, que desbarataba en parte sus planes y esperanzas, no se entibió su ardor artístico: por el contrario, trabajó con tal ahinco y perseverancia, que el producto de sus obras satisfizo colmadamente sus necesidades y una buena parte de las de su familia. En esta época, y fresca todavía su imaginacion con el ambiente que habia respirado en el Estudio de su maestro, pintó algun cuadro de reconocido mérito, aquel galano techo chispeante de graciosísima facundia de la pastelería del café Suizo, embeleso de la juventud bilbaina, y tantas hermosas y frescas acuarelas que no podia dar abasto á los aficionados que se las solicitaban. Recordamos que el marqués del Duero, entre otros, que habitó muchos dias en Bilbao durante el verano de 1851, se llevó cuantas habia en el estudio del artista, las cuales fueron muy celebradas en algunos periódicos literarios y políticos de Madrid, particularmente en el *Heraldo*, *Corres-*

*ponsal y Diario Español*. Y recordamos tambien que por este tiempo turbó algun tanto su espíritu una insidiosa enfermedad que se habia iniciado pocos años antes, y más aún, el de sus muchos amigos que le admirábamos. Un ligero vómito de sangre, una hemoptisis, vino á anunciarle que moderase su conducta, que, sin ser reprehensible, tenia abandonadas las prescripciones dictadas por su amigo y ya entonces muy reputado médico D. Agustin de Obieta.

Fortalecido en el verano de 1853, y lleno por esto su corazon de inefable alegría, no dió tregua á la mano, á la que, y á su brillante imaginacion, se debieron aquellos magníficos cartelones de toros que fué el primero en idear y aplicar al anuncio de estas fiestas populares, y que causaron el asombro y la delicia de los aficionados. En este año tambien pintó algunos lienzos pequeños que se conservan cuidadosamente por varios de nuestros inteligentes convecinos, y no pocas acuarelas que se arrebataron por los forasteros y bañistas de tránsito en Bilbao. Pero por desgracia suya y contra su esperanza, así que llegaron los primeros vientos invernales, resintióse su salud de tal manera que se vió obligado á vivir retirado en su casa, sin poder dedicarse siquiera á los trabajos que tanto le entretenian y que tanto amaba. Y como si no le bastase esta pena dolorosísima, vino á agravar su estado otra mayor si cabe, la muerte de su padre, que colocaba todavía en más precaria situacion á la familia entera. Así fué que ya en el siguiente año de 1854, sin recursos propios para dar frente á sus necesidades, pero ayudado por la amistad, emprendió un viaje á Aguas Buenas, del que si bien regresó algo más animado, no por eso abrigó esperanzas de recobrar la salud perdida. Algunos meses más tarde, y en uno de esos días del mes de Octubre en que desatado el vendabal despoja á los árboles de todas sus hojas haciéndolas rodar vertiginosamente por el suelo ó volar por las más altas regiones, voló al cielo el alma del pobre Pancho, dejando al mundo su materia inerte.

A las 9 en punto de la noche del 15 de Octubre de 1855, y cuando habia cumplido 27 años, espiró en los brazos del autor de este recuerdo necrológico. Su muerte fué muy sentida; y para que la posteridad no olvidase aquel querido é ilustrado nombre, se abrió una suscripcion con el objeto de costear un sencillo monumento en que quedase esculpido; pero si bien su producto fué suficiente para llevarlo á cabo, hubo de distraerse, entregándolo á su santa madre, que con cinco hijos menores habia quedado en la más angustiosa necesidad..

El elegante y fecundo artista, el jóven pintor que admiraba á la inteligencia con tantas obras originales como habia ejecutado; el hijo del rico comerciante, honrado como el que más, cónsul de aquella célebre Casa de Contratacion de Bilbao y su primer Magistrado popular en 1837, acabó sus dias en el lecho de la pobreza, y fué enterrado en un nicho que le compró la amistad!...

Honrado como el que más acabamos de decir recordando á su padre, y así lo repetirémos para enseñanza de propios y extraños. Cuando despues de haber dado sepultura al cadáver de Pancho volvimos á su casa para consolar y fortalecer á su desmayada madre, se acercó convulsamente á nosotros para declararnos con seguridad aterradora que era muy rica porque poseía una buena fortuna. Al escuchar estas palabras pronunciadas por aquellos secos y descoloridos labios, la creimos presa de la calentura de la afliccion que embargaba su cerebro y revelaba su desdichado porvenir.

Pero no fué así.

Aquella virtuosa señora á quien rodeaba la miseria hacia tiempo, y que carecia de pan para sus hijos cuando la caridad no la socorria, nos abrió una arca de hierro que guardaba más de diez y ocho mil pesos fuertes pertenecientes á dos personas que se los habian confiado á su marido muchos años hacia. Cuando meses despues de este suceso fueron á recogerlos dos vecinos de Bilbao, tan conocidos como respetables, las sumas que hallaron en la caja de hierro estaban intactas y eran las mismas, sin faltar un maravedí, que las que se depositaron en poder de D. Francisco de Bringas!...

La necesidad y la miseria carecieron esta vez de fuerza suficiente para rasgar siquiera la más leve hoja de aquella honrada y acrisoladísima conciencia!

Y sin embargo, D.<sup>a</sup> Maria del Cármen y sus cinco hijos vivieron largos años mantenidos por la caridad de amigos antiguos, y por cuatro ó cinco raciones de pan que diariamente les suministraba la Santa Casa de Misericordia de Bilbao.

Años despues, pero no muchos, murió esta virtuosa señora, y sucesivamente sus hijos D.<sup>a</sup> Cármen, D.<sup>a</sup> Dolores y D. José, y en el año pasado, su hijo mayor D. Ignacio. Solo les sobrevive la hija menor, llamada en el mundo D.<sup>a</sup> Guadalupe, pero en religion Sor Benita de la Caridad porque hace muchos años que la practica humilde pero valerosamente en ese grupo de santas mujeres, ángeles del cielo,

que revolotean. en la cabecera de los apestados y de los enfermos.

En cuanto á la memoria de este malogrado artista, poco ó nada se conservaría de ella como no fuesen sus muchos y preciosos cuadros y dibujos, que, esparcidos por todas partes, quizá no estén todos cuidados con el esmero que merecen. Y si no fuera por unos breves apuntes que escribimos á raíz de su muerte, por estos algo más extensos que hoy le dedicamos, y sobre todo porque el insigne y laureado pintor Araujo, autor del famosísimo cuadro *Mala compra*, que el año pasado al hacer una brillante disertación en la Academia de Nobles Artes de San Fernando, enalteció en grado altísimo el ingenio, el saber y la picante gracia del *inolvidable* PANCHO BRINGAS, recordando de paso que cuando el gran Madrazo, su maestro, les daba en la Academia un tema para ser desarrollado en seguida, y que mientras los alumnos de su clase le concebían ya Pancho le tenía resuelto y admirablemente dibujado, siendo el asombro de aquel y de estos, no quedaría siquiera el más leve rastro de su nombre.

Así es el mundo. PANCHO BRINGAS no ha tenido un mísero ángulo de las cien calles, bautizadas ya, de la novísima Bilbao, donde fuese colocada una lápida que recordase el suyo. En cambio ¿cuántos nombres se graban y se grabarán en ellas que no lo merezcan tanto?...

JUAN E. DELMAS.